
ALVARO LOPEZ PARDO

1926 - 1993

*Juan Jacobo Muñoz Delgado**

Con profundo pesar la Academia Nacional de Medicina quiere participar en esta dolorosa ceremonia de despedida a uno de sus Miembros de Número, el doctor Alvaro López Pardo.

De origen antioqueño y bogotano, su vida es un homenaje a las mejores tradiciones colombianas y a los hombres grandes de su estirpe.

La sangre de los buenos, con la del prócer José Acevedo y Gómez a la cabeza, lo lleva a sentir cálidamente a la patria. La sangre de médicos ilustres como Andrés María Pardo y Alvarez, Fundador en 1865 de la Facultad de Medicina y primer Rector y Profesor de Anatomía. Su padre Juan María Pardo, había sido fundador, primer rector y profesor de la Facultad de Medicina en 1826, le dan el amor por la sociedad y el sentido reverente por la profesión médica.

En la Universidad Nacional, en donde se distingue en sus estudios médicos, se aquilata su personalidad prodigiosa que se abre e ilumina todos los campos del saber.

Allí comienza el ejercicio de la medicina orientado hacia la pediatría. Su interés en la complejidad del espíritu humano lo lleva a la psiquiatría y al amor por los fenómenos sociales. Su cerebro disciplinado hace de él uno de los más grandes organizadores. Sus lecturas lo convierten en un profundo conocedor de la historia nacional y de la historia bogotana. Una rara sensibilidad artística lleva su espíritu a lograr primores en el lienzo. Sus sentimientos de acrecentar su vida hacen crecer colecciones de valores nacionales, pasatiempos que trata con rigor científico.

Toda esta riqueza espiritual se va traduciendo en logros formidables.

Es el primer Director del Hospital Infantil "Lorenzita Villegas de Santos", que se beneficia de sus conocimientos de Pediatría, adquiridos en el Hospital San Lucas de Nueva York y de su técnica de administrador hospitalario, aprendida en cursos importantes en Méjico.

Su sabiduría quedará impresa en una organización hospitalaria ejemplar, que por más de cinco años (1955-1960) va infundiendo día a día, con su ciencia, tesón y paciencia.

Su talento social, su formación pediátrica, su cerebro organizado, hacen de Alvaro López Pardo, el director paradigmático de un hospital de niños, que quiere llevar salud, comprensión y ternura.

La inteligencia de Juan Pablo Llinás lo lleva a un ámbito grande. Va a la Alcaldía de Bogotá (1960-1966) como Director de Asistencia Social. Ante el espectáculo proliferante de la gaminería, se crece su espíritu social. Cuántas instituciones aparecieron para cambiar la suerte de los cruelmente abandonados, gracias a su imaginación, que buscaba ayudar a sus congéneres.

Después de muchos años pasa al Bienestar Social de la Universidad Nacional, en donde forma al personal necesario para tan difíciles labores.

La historia, la gran maestra que nos hubiera podido evitar tantos dolores, fue su amiga de siempre. En 1988 creó la Academia de Historia de Bogotá. Sus miembros lo hicieron presidente y la dirigió hasta ayer, que se perdieron sus recuerdos.

Ya no nos oye. Su vida fue un largo laborar para mejorar sin palabras a los desvalidos.

Ya no nos habla para que ayudemos a sus gaminos huérfanos, pero sentimos el dolor que sube de las calles, condenando, como él, a nuestra sociedad indiferente.

Ya no nos ve, desde lejos con una mirada inquisidora, alguien pide justicia.

Nos hará falta a todos. A los que veíamos en él al maestro insuperable. A la sociedad bogotana, que historió y amó. A los niños abandonados de Colombia, que hoy están más huérfanos. Y, sobre todo, a quienes recibieron su amor intenso, a su esposa total, a sus hijas amigas devotas y a sus nietos, que un día sabrán del abuelo que tuvieron.

¡Que su vida quede como una lección pura, como el recuerdo de la norma, como la imagen de la ética, como la esperanza del bienestar, como el grito adolorido por una patria buena!

* Presidente de la Academia Nacional de Medicina

CESAR AUGUSTO PANTOJA

(Diciembre 18, 1904 - Septiembre 5, 1993)

*Juan Jacobo Muñoz Delgado**

Ha concluido, después de casi noventa años, la existencia de un hombre que supo hacer del ejercicio del vivir un arte extraordinario. Ha dejado de pensar un cerebro que nos dio una lección profunda de armonía y se ha detenido un corazón que supo amar a aquellos que merecían su afecto. Ha terminado su clase el excelso maestro académico que enseñaba la cirugía ética y generosa. Impone una marca difícil el ciudadano integérrimo que de sus recias virtudes hizo una religión. Sus amigos desolados hoy sentimos la profunda angustia de la oscuridad impenetrable y del vacío definitivo.



Su vida se inicia el 18 de diciembre de 1904 en Baranoa (Atlántico), población rica en luz, similar a tantas otras de nuestra Costa, que llenaron la cultura con inteligencia, con gracia y color. Sus padres fueron Federico A. Pantoja e Isabel Maldonado. Ellos admiraban la egregia figura de su primo el doctor Antonio Pantoja, primer médico

elegido en Colombia como Correspondiente de la Academia Nacional de Medicina, en 1891.

La estructura mental del doctor César Augusto Pantoja es el resultado de factores dominantes que lo impulsan a la rectitud. ¿Qué tenía ese cerebro, en ese ambiente familiar, en la sencilla escuela, para orientarse sin alicientes de premio o temores de castigo, hacia las más altas virtudes?

Al inaugurar, hace más de diez años, los Hogares Infantiles del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, con los nombres ilustres de César Augusto Pantoja, en Baranoa y José Francisco Socarrás, en Villanueva y otros más, nos preguntábamos, preocupados por Colombia, si las energías gestadoras del pensar ético, estaban simplemente reguladas por mecanismos educacionales o si eran causadas por procesos biológicos complejos.

Sobre la importancia que daban a la moral nuestros dirigentes, recordábamos con Socarrás, cómo había sido suprimido por innecesario el organismo que habíamos creado en el Ministerio de Educación para enseñar y defender la ética.

Hace ya un año, víctima de enfermedad cataclísmica, cuando su clara inteligencia le decía que estaba al borde de la muerte, él me tranquilizaba con las que hubieran podido ser sus últimas palabras, diciéndome que todo eso era natural, que era el terminar biológico de una larga vida. Ayudados por los progresos médicos, logramos, con importantes colegas, rescatarlo de la muerte en un acto de ejercicio médico que constituye la razón misma de la existencia de nuestra profesión: prolongar la vida útil del hombre, luchando contra aquellos que propugnan por la eutanasia injustificada.

De Baranoa pasa a Barranquilla a terminar la primaria y el bachillerato. Como estudiante de la Escuela Normal de Institutores, de la anexa y del Colegio Barranquilla, se califica con brillo extraordinario. Fue una competencia al más alto nivel, con émulos como Evaristo Sourdis, por las preseas del colegio.

* *Presidente Academia Nacional de Medicina.*

Tierra feliz esta Costa de Colombia que nos ha dado tanta grandeza con los nombres de Rafael Núñez, Luis Carlos López, Vélez, García Márquez, Sourdis, Socarrás, Obregón, Pantoja, Grau, Baenas, Pumarejos y tantos otros talentos oceánicos.

Inicia estudios médicos, que tiene que suspender por razones económicas. Años después retorna a la Facultad en donde muestra sus capacidades y en donde los culmina con la calificación Cum Laude a su tesis de grado "Los desequilibrios neurovegetativos y los cuadros médico-quirúrgicos del aparato digestivo".

Durante su vida de estudiante ocupa diversos cargos, como Monitor de Fisiología y después como Preparador, al ganar el primer puesto en el concurso abierto con ese fin.

En 1933 y 1934 se desempeña como interno de Clínica Médica y después quirúrgica, obteniendo en ambos casos el primer puesto en el concurso. Al terminar en 1934, recibe la medalla de oro del internado.

Trabaja con Juan N. Corpas por diez años. Este profesor venido de la amable Guaduas (1885-1944), poseía en grado sumo un don infrecuente en Colombia: saber distinguir entre el bien y el mal; ser intolerante con la incorrección; transitar siempre por el camino recto. Corpas es el crisol para aquilatar las virtudes de Pantoja. ¡Se unen por su semejanza espiritual!

De 1944 a 1950 es Director del Instituto de Radium, hoy de Cancerología, nombrado por su ilustre paciente, el Presidente López Pumarejo. Durante su administración logra importantes progresos. Abre las puertas para que entren a la par la ciencia y el sentido humano de la vida. Hacen que en todas las ramas de la medicina se entrenen un amplio grupo de jóvenes, que vendría a constituir un aporte sustancial a la medicina colombiana, sin que la pasión u otras influencias negativas tuvieran que ver con sus decisiones. Allí están Montejo, Castro Duque, Carrizosa, Restrepo, Gaitán, Ruiz Mora, Triana y tantos otros para mostrar su obra.

Su carrera profesoral deja recuerdos imborrables en la formación de sus discípulos. El introduce la cirugía radical para el tratamiento del cáncer. A él le debemos la nueva cirugía del tiroides, del seno, de los vaciamientos ganglionares, del útero, del estómago. Además, nos enseñó la medicina ecuménica,

colocada en el ámbito de las grandes decisiones, en las condiciones socio-económicas adecuadas para llegar al pueblo.

A su lado se aprendieron las ciencias de la vida y de la sociedad, las funciones del cuerpo y del espíritu. Se estudiaron las ciencias del comportamiento de los hombres y cómo se debían traducir en decisiones políticas.

En la Academia Nacional de Medicina conservaremos viva su memoria. Será recordado como Miembro Correspondiente (1941), como Miembro Numerario (1949) con importante discurso sobre Juan N. Corpas, como Presidente brillante de la Corporación (diciembre 1977-marzo 1980) y como Secretario Perpetuo, dignidad para la cual fue elegido en 1980 y eficientemente desempeñada hasta hoy. El Auditorio de la nueva sede llevará su nombre para recordar a uno de los grandes de la Medicina.

Su contribución a la ciencia y al progreso médico en estos tiempos difíciles, fue de un ponderado equilibrio. Su última página para cerrar el segundo tomo de nuestra historia académica, es un documento de solicitud de investigación médica, para el cual, con su sentido generoso, pidió la firma de todos los miembros de la Junta Directiva. Ese documento de abril de 1993, de gran madurez y contenido, justifica plenamente la prolongación de su vida.

Hace cerca de treinta años fue intervenido en la Clínica de Marly (doctor H. Velásquez) para lo que se pensó que fuera un cáncer terminal. De la misma enfermedad fue operado dos veces más en la Clínica Shaio (doctores Velásquez, Gutiérrez y Escobar Triana) y en Marly (1992). Siempre salió triunfante en la batalla contra esta artera enfermedad.

En el año sesenta y seis (1966), fue nuestro embajador ante el Gobierno de Méjico, designado por Guillermo León Valencia. Nos representó por largos años con inteligencia, con sagacidad, con elegancia y dedicación admirables. Quienes fuimos testigos de esa labor, nos sentíamos orgullosos de la pareja extraordinaria, formada por él y Maruja Chau, que tenía nuestra representación diplomática.

La vida fue generosa con el Profesor Pantoja, colmándolo de talento y de virtudes; dándole una esposa de su altura espiritual, dedicada a hacerlo feliz en todas sus vidas; proporcionándole hijos que

honran sus nombres y continúan la nobleza de sus talentos.

Se vio rodeado siempre de sinceros afectos. Sus amigos lo admiramos y le rendimos siempre el homenaje de nuestro cariño sincero. Si en la Costa tuvo el caluroso apego de la sangre, en Bogotá y Popayán encontró el respeto y la realización afectiva.

El nos hizo entender el fenómeno de la vida. Agradecía su salud total de noventa años, y entendía que su muerte era parte integral del vivir. Que era el fin de un proceso biológico admirable. Que su vida intelectual y su salud fueron un privilegio para él y para quienes tuvimos la fortuna de rodearlo.

Esta luctuosa ceremonia se realiza para concatenar la partida de un ser superior con la lección permanente de su conducta; para contraponer el dolor de su muerte con el transcurrir luminoso de su vida; para llorar la ausencia definitiva dando las gracias por haberlo tenido; para sentir la gravedad del arrancamiento midiendo la corpulencia de su espíritu; para comparar el profundo vacío que se hace con el tamaño de nuestro inmenso pesar.

Por razones de la vida y de la muerte, Pantoja cumplió con su misión. Vivió completa la parábola de la existencia.

El sabía colocar bien su vida en el transcurrir milenario de los seres vivos. Conocía cuál era la

importancia de un hombre entre cinco mil millones de seres humanos. Cuál era el valor de un espíritu educado y fuerte entre todos sus congéneres. Y conocía bien cuánto representaba nuestro planeta tierra en el conjunto del universo.

De allí su orgullo y su humildad. Se comparaba con los otros y sabía su importancia. Medía nuestro planeta en el universo y sentía su pequeñez. Hoy regresa a formar parte de esa gran fuerza cósmica de la que salió, en la que creía, y a la que ha retornado.

A los seres humanos nos inquietan las ideas trascendentales: algunos se angustian con la inmensidad del espacio infinito, otros con el devenir del tiempo, hay quienes lo hacen con la materia eterna o el espíritu inmortal. A él lo preocupaba intelectualmente el ruido caótico, la altisonancia, de los que sólo se podía huir con la muerte. El sabía que la vida no es más que un breve paréntesis entre dos infinitos silencios.

Por su propia reflexión del terminar biológico, después de pesar las fuerzas de la vida y de la muerte y de haber completado cabalmente su existencia, llega a la hora final y se deja llevar, sin lucha ni amargura, paso a paso, al universo de lo eterno.

El descanso absoluto de su alma será estar entre los buenos. El sitio natural para su espíritu será estar al lado de los justos.